

Introducción

Los últimos cien años han sido testigos de fascinantes experimentos en materia de política económica. Entre otros, la aparición de los bancos centrales en numerosos países; el dirigismo económico durante la Primera Guerra Mundial; la planificación central comunista en la Unión Soviética, Europa del Este y China; el fascismo en la Italia de Mussolini; el nacionalsocialismo en la Alemania de Hitler; el New Deal de Roosevelt en Estados Unidos; el sistema monetario internacional de Breton Woods y la adopción de políticas macroeconómicas keynesianas después de la Segunda Guerra Mundial; importantes programas de nacionalización en la Gran Bretaña de posguerra; la reaparición de los principios de libre mercado en la Alemania de posguerra; los planes quinquenales de tipo soviético en la India; el abandono del patrón oro en favor de un sistema de fluctuación entre divisas nacionales con tipos de cambio flexibles; regulación, desregulación y vuelta a la regulación en todo el mundo; el colapso y el rechazo del comunismo en Rusia y en Europa del Este; políticas de crecimiento basadas en el mercado en los “tigres” asiáticos y después en China y en la India; políticas “neoliberales” que promueven la globalización de las actividades económicas. En años recientes, una penosa serie de acontecimientos –una burbuja inmobiliaria a escala planetaria, seguida por el colapso de instituciones financieras gigantescas, seguida por onerosos rescates y nacionalizaciones por parte de los Estados, seguido por déficit y crisis fiscales que han batido todos los récords– ha devuelto a la política monetaria, la regulación, las nacionalizaciones y la política fiscal al centro del escenario de la política económica en todo el mundo.

Tras estas idas y venidas en materia de política económica se oculta un choque de ideas económicas continuo y en ocasiones extremo. Los capítulos subsiguientes estudian las conexiones entre los acontecimientos históricos y las discusiones entre los economistas, y entre los enfoques

académicos y los grandes experimentos en materia de política económica, y se sumergen de forma selectiva en la historia de las doctrinas económicas –hasta los tiempos de Adam Smith cuando sea necesario– para entender la forma en que las ideas económicas surgieron y evolucionaron a lo largo del tiempo hasta llegar a su forma definitiva.

Los economistas son conocidos por sus desavenencias a la hora de recomendar unas políticas públicas u otras. “Si pudiéramos reunir a todos los economistas en un mismo lugar, aun así no lograrían ponerse de acuerdo”, reza una de las versiones del chiste que se suele atribuir (sin prueba alguna) a George Bernard Shaw. Dado que este libro se centra en los desacuerdos, debo hacer una advertencia. Las partes del pensamiento económico aplicable más directamente a las políticas públicas no comprenden la totalidad de la teoría económica y, en las partes restantes, hay un desacuerdo menor y una mayor colaboración. Dado que los ciudadanos corrientes no están tan familiarizados con el trabajo de los economistas que no tiene una implicación inmediata en las políticas públicas, y que se centra básicamente en los aspectos técnicos del análisis y la comprensión de los fenómenos económicos observados, es fácil formarse la impresión equivocada de que los desacuerdos en materia de economía aplicada ocupan más tiempo del trabajo del economista profesional del que ocupan en realidad. El economista George Stigler señaló con acierto en una ocasión:

Afirmar que los economistas rara vez se posicionan en términos políticos y que huyen de la polémica será difícil de creer para la mayoría de los no economistas y puesto en duda por muchos de los profesionales del gremio. Creo que el motivo que sustenta esta opinión es que, al tratar de economía con alguien que no es economista, hay pocas cosas de las que hablar, a excepción de las políticas públicas. Las personas corrientes encontrarían en gran medida incomprensible [el trabajo técnico del economista]. El típico artículo de las revistas profesionales guarda poca relación con las políticas públicas y, al parecer, tampoco tiene mucho que ver con el mundo real.¹

Este libro se centra en la teoría económica y el trabajo empírico relacionados con las políticas públicas, aunque gran parte de las obras que trataremos fue escrita para otros economistas más que para el público en general. Los diversos capítulos prestan atención a la esencia y el impacto de las diferentes posturas. ¿Cómo han pensado y argumentado los

¹ George Stigler, “The economist as Preacher”, en Kurt R. Leube y Thomas Gale Moore, coords., *The Essence of Stigler*, Stanford, CA, Hoover Institution Press, 1986, pág. 305.

economistas acerca de las grandes cuestiones de la política económica? ¿Qué tipo de influencia han ejercido sobre las políticas públicas y sobre el diseño de las instituciones?

Dado que este libro va a centrar su atención en las áreas de la economía relacionadas directamente con las políticas públicas, es conveniente abordar estas cuestiones una a una, enmarcándolas en una discusión histórica o en el área de política pública apropiada. Este enfoque contrasta con otras historias del pensamiento económico más ortodoxas, que analizan sucesivamente las obras de los autores por orden cronológico empezando por los antiguos, los escolásticos o los mercantilistas. En cada capítulo, siempre que sea necesario para entender la forma en que los economistas llegaron a ciertas conclusiones acerca de la cuestión de que estamos tratando, realizaremos un viaje en el tiempo hasta los debates y los desarrollos teóricos de siglos anteriores. Si fuera necesaria una justificación de este enfoque no lineal, podríamos hallarla en la figura del director de cine Quentin Tarantino, que declaró a un periodista británico: “Cuando rodé de forma no cronológica *Reservoir Dogs* y *Pulp Fiction*, no lo hice para demostrar lo listo que era. Al rodarlas así, esas historias salieron ganando desde un punto de vista narrativo”.² En ocasiones, la forma más dinámica de contar la historia de un debate intelectual también exige la utilización de *flashbacks*. Por tanto, el lector no debe pensar que los capítulos que siguen son un caos cronológico o bien que se van por las ramas. Se les puede calificar como *tarantinianos*, sólo que no tan sangrientos y con un lenguaje menos soez.

Un repaso a los capítulos siguientes

Los acontecimientos y los debates que vamos a examinar fueron elegidos por su relevancia histórica y por la luz que arrojan sobre la forma en que han evolucionado las visiones contrapuestas que protagonizan las principales controversias actuales en materia de política económica. Las teorías que influyen en las políticas públicas rara vez surgen de una torre de marfil aislada del mundo o únicamente como respuesta a otras teorías. Los economistas leen el periódico. Las teorías se adaptan e incorporan los acontecimientos y los problemas del momento. Este es el motivo por el que este libro emplea la historia de los últimos cien años para contextualizar los debates de política económica.

² Quentin Tarantino, “Interview with Quentin Tarantino”, *Guardian*, 5 de enero, 1998, disponible en <http://www.guardian.co.uk/film/1998/jan/05/quentinatarantino.guardianinterviewsatbfisouthbank1?INTCMP=SRCH>

El capítulo primero va a preparar el terreno al describir el pensamiento económico en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Este capítulo presenta a dos personajes que van a reaparecer a lo largo del libro, el economista inglés John Maynard Keynes y el economista austriaco Friedrich A. Hayek. Cada uno de los capítulos subsiguientes comienza abordando un problema económico importante que provocó o reavivó el debate entre los economistas, o con una nueva política pública en la que los economistas jugaron un papel relevante. El segundo capítulo estudia la cuestión de la planificación económica centralizada frente al sistema de precios de mercado, puesta de manifiesto crudamente por la revolución bolchevique de 1917 y desarrollada en el crucial “debate sobre el cálculo socialista”. El capítulo 3 analiza las teorías del ciclo económico anteriores a Keynes –en concreto, la teoría desarrollada por Hayek y otros economistas austriacos– en el contexto del *boom* de los locos años veinte, que acabó con el *crash* bursátil de 1929. Al *crash* siguió, a principios de la década de 1930, el experimento del New Deal en Estados Unidos, y el capítulo 4 rastrea sus orígenes hasta la Escuela Institucionalista norteamericana, representada en particular por el economista Rexford G. Tugwell. La Gran Depresión persistía, y el capítulo 5 nos cuenta cómo el libro de Keynes de 1936 *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* promovió una revolución en el pensamiento sobre las causas de los auges y las depresiones económicas.

El capítulo 6 se centra en un libro muy distinto, *Camino de servidumbre*, que Hayek publicó en 1944 y que nace de su preocupación por la continuación de las políticas de planificación central aplicadas durante la Segunda Guerra Mundial. En el periodo inmediatamente posterior a la guerra, cada país siguió caminos muy distintos en materia de política económica. El capítulo 7 repasa la política de nacionalizaciones llevada a cabo por el Partido Laborista en Gran Bretaña, y explora los vínculos entre estas políticas y el ideario socialista que la Sociedad Fabiana había desarrollado y defendido incansablemente durante las seis décadas precedentes. El capítulo 8 nos cuenta la historia de un grupo que defiende un enfoque muy distinto, la Sociedad Mont Pelerin, que Hayek fundó tras la guerra para reunir a los adversarios intelectuales del socialismo. En los capítulos 9 y 10 veremos los casos concretos de dos países que tomaron direcciones muy distintas y que obtuvieron resultados también muy distintos en los treinta años siguientes. Alemania, influida por algunos economistas de la Sociedad Mont Pelerin siguió la dirección del mercado y prosperó. Por el contrario, la India, influida por los teóricos fabianos, adoptó una política de nacionalizaciones y planes quinquenales casi de tipo soviético y no prosperó.

Los dos capítulos siguientes analizan la evolución de los regímenes y las políticas monetarias durante la posguerra. El capítulo once nos

cuenta la historia de la conferencia de Bretton Woods de 1944 y de cómo y por qué Keynes y otros economistas presentes acordaron establecer un sistema monetario internacional que redujo el papel del oro y permitió un mayor margen de maniobra para las políticas monetarias nacionales. Por razones sobre las que los economistas no se ponen de acuerdo, el sistema de Bretton Woods llegó a su fin en 1971. Su colapso coincidió con la llegada de un periodo de elevada inflación que –según veremos en el capítulo 12– abonó el terreno para el resurgimiento y el desarrollo de las teorías “monetaristas” de Friedman y otros autores, que hicieron frente de este modo al dominio del pensamiento keynesiano. El capítulo 13 presta atención al crecimiento del Estado durante la posguerra y compara dos importantes teorías económicas que ven este aumento de forma muy distinta, la teoría de los bienes públicos, muy favorable al mismo, y la teoría de la elección pública, bastante más escéptica. El aumento del comercio internacional en el periodo de posguerra sirve de contexto para abordar en el capítulo 14 un sempiterno debate como es el protagonizado por los partidarios del libre mercado y los proteccionistas. El capítulo 15 analiza el choque entre los keynesianos y los economistas “neoclásicos” a propósito de los costes y los beneficios de la deuda y el déficit públicos. El debate sobre los déficit y la deuda ha reaparecido de forma espontánea con las crisis de deuda soberana de Grecia y de Irlanda en 2010, seguidas por Portugal en 2011 –con Italia y España en el punto de mira–, y con el creciente endeudamiento de otros gobiernos, incluyendo Estados Unidos y Gran Bretaña.

¿Tiene consecuencias el pensamiento económico?

¿Tienen alguna importancia las polémicas doctrinales entre los economistas a la hora de diseñar las políticas públicas? ¿Tiene consecuencias la ideología económica? Los economistas tampoco se ponen de acuerdo sobre esta cuestión. Tanto Keynes como Hayek pensaban que las ideas económicas tenían un gran impacto en las políticas públicas. En su artículo “Los intelectuales y el socialismo”, Hayek decía lo siguiente:

Los puntos de vista de los intelectuales determinan las políticas del mañana [...] Lo que a un observador de nuestros días le parece una disputa surgida de un conflicto de intereses, en realidad se ha decidido mucho antes en una confrontación de ideas que ha tenido lugar en círculos más restringidos.³

³ F. A. Hayek, “The Intellectuals and Socialism”, en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Nueva York, Simon & Schuster, 1969, pág. 179 [hay trad. cast.: *Estudios de*

En un pasaje de su libro de 1936 *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Keynes afirmaba que a los economistas, por razones obvias, les encanta pensar que:

Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto si tienen razón como si están equivocados, son más poderosas de lo que se suele creer. De hecho, lo que mueve el mundo no es mucho más que esto. Los hombres prácticos, que creen estar a salvo de toda influencia intelectual, suelen ser esclavos de algún economista del pasado. Algunos locos que ejercen el poder, y que creen oír voces dentro de su cabeza, deben su locura a algún escritor de hace unos cuantos años.⁴

Otros economistas discrepan de la hipótesis de Hayek y Keynes. El gran economista italiano Vilfredo Pareto ofreció un punto de vista completamente opuesto en su libro *The Mind and Society* (1935). En opinión de Pareto, son los grupos políticos dominantes en una sociedad los que, preocupándose por maximizar sus intereses –en un entorno sociopolítico dado–, determinan qué políticas económicas va a adoptar el Gobierno y qué teorías económicas van a prevalecer entre los académicos.

Pareto resumió su punto de vista tomando como ejemplo la política comercial internacional. Cuando la opinión de las élites, “un estado mental que en gran medida es fruto de intereses económicos, políticos y sociales individuales y de las circunstancias en las que uno vive”, se inclina hacia el proteccionismo, argumentaba Pareto, la política comercial de un país acabará girando hacia el proteccionismo. Al mismo tiempo, “se observaran cambios [en la teoría del comercio] y nuevas teorías favorables al proteccionismo se pondrán de moda”. Así, “un observador que no profundizara demasiado podría pensar que [la política comercial] había cambiado porque [la teoría del comercio] también lo había hecho”, cuando, en realidad, ambas habían cambiado debido a circunstancias e intereses concretos. Nos estamos engañando si pensamos que los teóricos influyen en los que toman las decisiones políticas: “Los debates teóricos [...] no son, por tanto, demasiado efectivos a la hora de modificar” las políticas públicas.⁵

filosofía, política y economía, Madrid, Unión Editorial, segunda edición, 2012]. De ahí el título del libro.

⁴ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Londres, Macmillan, 1936, pág. 383 [hay trad. cast.: *Teoría general de la ocupación, interés y el dinero*, Barcelona, Ciro Ediciones, primera edición, 2011].

⁵ Vilfredo Pareto, *The Mind and Society*, vol. 1, edición de Arthur Livingston, traducción de Andrew Bongiorno y Arthur Livingston, Nueva York, Harcourt Brace, 1935, pág. 168. [Traducción inglesa del *Trattato di sociologia generale*, publicado por Pareto en 1916. Hay trad. cast.: *Forma y equilibrios sociales*, Madrid, Minerva Editores, 2010.]

El economista de la Universidad de Chicago George Stigler mantuvo una postura igualmente escéptica. En su conocido artículo “El economista como predicador” animaba a sus colegas de profesión a abandonar la esperanza de que al sermonear a los políticos acerca de las bondades de la eficiencia económica los pudieran convencer para que abandonaran sus decisiones ineficientes. Stigler opinaba que “la creencia en que las políticas públicas a menudo son ineficientes porque están basadas en enfoques erróneos no tiene mucho fundamento”, porque no puede explicar por qué políticas como el establecimiento de aranceles se vienen aplicando durante décadas pese a que se conocen sus efectos negativos. En su lugar, los economistas deberían asumir que los políticos persiguen sus propias metas, que no coinciden con la prosperidad general, y que los aranceles equivalen a una “acción deliberada” que permite alcanzar los objetivos de los políticos con un grado “tolerable” de eficiencia. En concreto, “los aranceles promueven la redistribución de la renta hacia los grupos bien conectados con el poder político, y no sólo encarnan la incompreensión del público” hacia la idea de que el libre comercio incrementa la prosperidad de todos.⁶ No obstante, es algo paradójico que Stigler se molestara en predicar este mensaje entre sus colegas economistas, a quienes, por la misma lógica, deberíamos considerar como interesados perseguidores de sus propios fines cuando se empeñan en mantener su prédica.

En respuesta al pasaje de Keynes sobre la influencia de los “escritores académicos” citado anteriormente, un seguidor de Pareto comentaba lo siguiente:

En cuanto a los escritores, el político tiene donde elegir, ya que no existe prácticamente ninguna hipótesis que no le haya sido expuesta en un momento dado por uno de los llamados economistas. Por tanto, lo cierto es que es el político, no el escritor, el que determina la tendencia.⁷

Algunos casos que vamos a abordar en los siguientes capítulos parecen demostrar las tesis de Pareto, especialmente aquellos en los que una determinada política ha precedido a su justificación teórica. Los políticos defendían el déficit público “keynesiano” mucho antes de que los argumentos de la *Teoría general* de Keynes en favor de tales políticas estuvieran disponibles. (Ideas parecidas eran conocidas desde hacía bastante tiempo, pero pocos economistas de prestigio las habían apoyado.)

⁶ George Stigler, *The essence of Stigler*, págs. 308-309.

⁷ Otto von Mering, “Some Problems of Methodology in Economic Thought”, *American Economic Review*, 34, marzo, 1944, parte 1, pág. 97.

Otros casos significativos se ajustan mejor a la opinión de Keynes y de Hayek de que las teorías académicas tienen un importante impacto en la formulación de las políticas públicas, como la abolición de los aranceles impuestos por la British Corn Law de 1846 (que veremos en el capítulo 14) o la aplicación de los primeros programas del New Deal en 1933 (capítulo 4).⁸

La estructura de la producción intelectual

Los bosques explotados comercialmente producen árboles destinados a los aserraderos. Allí son convertidos en madera que, a su vez, las empresas transforman en muebles para el consumidor final. Las observaciones de Hayek y de Keynes nos proponen una estructura similar para la producción intelectual. Los investigadores económicos de alto nivel producen teorías abstractas que los especialistas en economía aplicada transforman en propuestas políticas menos abstractas que, a su vez, los periodistas y los intelectuales reúnen en libros de consumo masivo, artículos de opinión y comentarios en la radio y en la televisión destinados a los políticos y al público en general. James M. Buchanan y Richard E. Wagner han descrito la expansión del pensamiento keynesiano precisamente así: “La aceptación de las teorías de Keynes en Estados Unidos se produjo paso a paso, de los economistas de Harvard a los economistas en general, de ahí a los periodistas y, por último, a los políticos en el poder”.⁹

En la etapa inicial de la producción intelectual, los economistas académicos que desean dar a conocer su visión del mundo desarrollan teorías que, esperan, otros investigadores consideren útiles y novedosas. Estos economistas difunden sus descubrimientos por medio de artículos en revistas académicas y en libros publicados, a menudo, por editoriales universitarias. Algunos ejemplos de trabajos económicos destinados a un público de economistas que vamos a estudiar en los siguientes capítulos incluyen *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, de Keynes; *The Pure Theory of Capital* de Hayek, y *A Theory of the Consumption Function*, de Milton Friedman. En una etapa posterior –la investigación aplicada–, los economistas académicos y los que trabajan en los *think tanks* desarrollan aun

⁸ Para una perspectiva crítica sobre los intelectuales y el impacto de sus ideas, véase Thomas Sowell, *Intellectuals and Society*, Nueva York, Basic Books, 2010.

⁹ James M. Buchanan y Richard E. Wagner, *Democracy in Deficit*, San Diego, Academic Press, 1977, pág. 6. El economista más importante de entre los que utilizaron y divulgaron las teorías keynesianas en Harvard durante la posguerra fue Alvin Hansen, tal como se expone en el capítulo 15.

más estas ideas, en particular contrastándolas con los hechos históricos y la evidencia estadística, con la esperanza de que los periodistas y los enseñantes de cursos de economía las consideren útiles e interesantes. Esto se traduce en la publicación de libros para un público cultivado, o bien de manuales e informes. Algunos ejemplos de este tipo de publicaciones son *Essays on Persuasion*, de Keynes; *Camino de servidumbre*, de Hayek, y *Capitalismo y libertad*, de Friedman.

En un tercer momento (estas etapas son, por supuesto, algo arbitrarias), los periodistas y, en ocasiones, los propios economistas, seleccionan y combinan estos estudios aplicados para proveer de ideas a los políticos y al público en general. Dan clases a los estudiantes universitarios, publican artículos de opinión en periódicos y revistas, y participan en tertulias en la radio y la televisión. Friedman y Paul Samuelson, ambos economistas premiados con el Nobel, eran articulistas habituales de la revista *Newsweek*. Thomas Sowell, un antiguo alumno de Friedman, escribe una columna que se publica en numerosos medios. Paul Krugman, un antiguo alumno de Samuelson, publica una columna y un blog en *The New York Times*. (Por supuesto, ni Sowell ni Krugman escriben únicamente de economía en sus artículos.) El economista John Kenneth Galbraith escribió libros que se convirtieron en superventas y presentó un programa en la cadena PBS, *The Age of Uncertainty*. Friedman respondió con su propio programa en la misma cadena, *Free to Choose*.

En la etapa final de la producción y la distribución de ideas de política económica encontramos su aplicación al mundo real en forma de políticas públicas. Si ordenamos todas estas etapas de arriba abajo, con las ideas fluyendo desde las alturas teóricas (pensemos en la “torre de marfil”), la política ocuparía el escalón más bajo, algo que algunos considerarán apropiado. No obstante, el verdadero motivo para describir la actividad intelectual de esta forma es dar una mayor concreción a la idea de que para entender los cambios en la política económica, uno debe entender la evolución anterior de las ideas económicas partiendo de su gestación inicial como pura teoría.

Estados frente a mercados

Las ideas en materia de política económica chocan cuando sus defensores poseen puntos de vista distintos sobre el papel del Estado en la economía. Tal como declaraba el narrador (con esa voz solemne que emplean en ocasiones los narradores) de la serie de documentales *The Commanding Heights*, emitida por la cadena de televisión PBS en 2002, el siglo xx ha sido testigo de:

Una batalla que ha durado un siglo por ver quién iba a hacerse con el mando de las economías del mundo, los Estados o los mercados. Es la historia de un combate intelectual para determinar qué sistema económico iba a beneficiar realmente a la humanidad...¹⁰

Por “puestos de mando” de una economía –una frase acuñada por el revolucionario ruso Vladimir Ilich Ulianov, Lenin– hemos de entender en este caso las instituciones que guían la economía al decidir dónde se va a invertir el dinero. El control del Gobierno sobre estos sectores clave se aprecia en su dirección de los bancos y las industrias más importantes (la propiedad formal del Estado no es necesaria si la regulación es lo suficientemente extensa), en el dominio del mercado de deuda por parte de las emisiones estatales, en un mercado reducido o inexistente para la compraventa de acciones de empresas privadas, y quizá también en la presencia de un órgano de planificación centralizada.

¿Es el libre mercado, guiado por las fuerzas impersonales de las pérdidas y las ganancias, mejor que las órdenes del Gobierno a la hora de dirigir la inversión de forma que produzca la mayor prosperidad? El descubrimiento fundamental de la economía como disciplina –su contribución más importante a la comprensión de la vida social y al combate a las políticas perjudiciales– consiste en que, bajo las condiciones adecuadas, emerge un orden social que, sin necesidad de coordinación centralizada, alcanza de forma efectiva los objetivos de sus participantes. Según el análisis de Adam Smith y su conocida expresión, a los inversores “los guía una mano invisible” que vincula su búsqueda particular de beneficios con la mayor contribución posible a la prosperidad general de la economía (algo que no entraba en sus planes). El capítulo 8 examina esta idea de Smith en detalle, mientras que el capítulo trece aborda algunas objeciones contemporáneas a la misma. En cualquier caso, el debate acerca de si es mejor que el Estado dirija la economía o que lo haga el mercado aparece en cada uno de los capítulos del libro.

Hay que señalar que cuando los economistas se preguntan “qué sistema económico va a beneficiar realmente a la humanidad” se refieren normalmente a la satisfacción de las preferencias humanas tal como existen en la actualidad, y no a la mejora moral de los seres humanos. De esta forma pueden centrarse en las relaciones de causalidad que su formación económica les ha preparado para analizar y dejar un tanto de lado las cuestiones de filosofía moral. Si un economista afirma que

¹⁰ *The Commanding Heights Episode One: The Battle of Ideas*, transcripción del vídeo, disponible en http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html.

“si el Gobierno grava el consumo de whisky con un impuesto, entonces disminuirá su venta”, está formulando una proposición neutra desde un punto de vista moral. La afirmación es tan verdadera para el que defiende que los vendedores y compradores de whisky puedan satisfacer sus preferencias como para el que quiere reducir las ventas de whisky mediante un impuesto cuando la llamada a la moderación no ha servido de mucho.

El ideal de la neutralidad valorativa (en ocasiones se emplea como equivalente la expresión alemana *wertfreiheit*) debe recomendarse encarecidamente en la investigación económica pura. Por el contrario, la elaboración de políticas públicas difícilmente puede evitar las proposiciones normativas o valorativas. Alguien cuyo consejo se apoye en afirmaciones tales como “el Gobierno *no debe* interferir en la satisfacción de las preferencias del consumidor realmente existentes” o “es mejor que la sociedad disfrute de una renta real media más elevada que de una más baja” está introduciendo proposiciones normativas –controvertidas o no– que se encuentran fuera del ámbito de la economía positiva. A menudo, los economistas no formulan de manera explícita las proposiciones normativas que subyacen a sus recomendaciones en materia de políticas públicas. La crítica a una determinada recomendación puede deberse al rechazo de sus presupuestos normativos o al análisis positivo implícito en ella, o bien a ambas cosas. Si queremos ser claros, es útil especificar a qué nos estamos refiriendo.

Una mayor satisfacción de las preferencias se refleja en los aspectos de la vida a los que damos importancia. En la mayoría de los casos se puede juzgar estos aspectos a través de indicadores que se pueden cuantificar, como una mejor alimentación, una mayor esperanza de vida, más tiempo libre, un mayor nivel de satisfacción material, una mayor oferta de ocio, y la posibilidad de disfrutar de la cultura y de la naturaleza. Si tomamos la palabra *prosperidad* como un concepto genérico que expresa la abundancia de medios a través de los cuales los individuos pueden satisfacer sus preferencias, y suponiendo que la mayor parte de nosotros deseamos disfrutar de una mayor prosperidad, y no de una prosperidad menor, entonces la pregunta clave para un análisis económico que responda al interés de la mayoría es ¿qué sistema económico –el control ejercido por los “puestos de mando” del Estado o del mercado– da lugar a una mayor prosperidad? La respuesta a esta pregunta depende, a su vez, de otras cuestiones analíticas relacionadas con ella. ¿Cómo se comporta cada uno de estos sistemas y por qué? Los economistas que apuestan por un mercado prácticamente libre de interferencias estatales tienden a plantear el dilema en términos de un voto a favor o en contra del control estatal. Por el contrario, los que apuestan por un mayor

papel del Estado tienden a plantear el debate como una búsqueda del equilibrio óptimo entre el mercado y el control estatal.

Socialismo y capitalismo

La forma más simple de denominar un sistema de control estatal sobre los “puestos de mando” de la economía, es decir, sobre el sistema financiero y los sectores económicos más importantes, es socialismo. Sin embargo, existen tantos tipos distintos de socialismo como formas diferentes de control estatal sobre los “puestos de mando”. La alternativa, consistente en dejar las finanzas y la producción en manos privadas y guiadas por el libre mercado –competencia, pérdidas y ganancias, oferta y demanda, el sistema de precios– se suele llamar *capitalismo*. Esta expresión tampoco es sencilla. El “capitalismo de libre mercado” o simplemente la “economía libre” son formas mucho mejores de designar a la antítesis del socialismo, porque frases tales como “capitalismo de compinches” o “capitalismo de Estado” se suelen emplear para hacer referencia a una economía industrial dirigida más por el Estado que por las fuerzas del mercado.

Jeffrey Sachs, un economista de la Universidad de Columbia conocido por sus esfuerzos por convencer a los gobiernos de los países ricos de que ofrezcan más ayuda a los países pobres, ha resumido como sigue el resultado de las batallas que se han producido durante el siglo xx en materia de política económica:

En parte, lo que ha sucedido es una revolución capitalista a finales del siglo xx. La economía de mercado, el sistema capitalista, se ha convertido en el único modelo válido para la mayor parte del mundo.¹¹

Sachs utiliza la expresión “sistema capitalista” como un sinónimo bastante neutral desde un punto de vista valorativo de “economía dirigida por el mercado”. Es evidente que otros la han empleado de una forma menos neutral. Es sabido que, en el siglo xix, Karl Marx dio a la expresión “sistema capitalista” (o simplemente “capitalismo”) connotaciones muy negativas. Así como monarquismo es un régimen que favorece a unos monarcas privilegiados y mercantilismo es aquel que favorece a unos comerciantes igualmente privilegiados, en el sentido que le da Marx, “capitalismo” es un régimen que favorece a unos capitalistas privilegiados, los dueños de la riqueza financiera que buscan maximizar sus

¹¹ *Ibíd.*

beneficios. David N. Balaam y Michael Veseth señalan que el análisis de Lenin, al igual que el de Marx, “se apoya en el supuesto de que está en la naturaleza del capitalismo que las estructuras financieras y productivas de los países favorezcan a los poseedores del capital”.¹² Analizaremos los puntos de vista de Marx en el capítulo 2. Según Marx, el capitalismo implica la explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas. Marx profetizó que, aunque el capitalismo moderno había desplazado al feudalismo medieval mediante un sistema productivo mucho más sofisticado, acabaría dando paso inevitablemente al socialismo y, finalmente, al comunismo, un sistema centrado en comunas de trabajo cuyos recursos estarían bajo propiedad colectiva.

Las connotaciones marxistas del término *capitalismo* hicieron que Hayek admitiera que él mismo lo empleaba “con un cierto rechazo, debido a que sus connotaciones modernas hacen de él un producto de la interpretación socialista de la historia económica”. Posteriormente explicó que el término “tiende a malinterpretarse, porque evoca un sistema que básicamente beneficia a los capitalistas, aunque en realidad se trate de un sistema que impone a las empresas una disciplina que contraría a los gestores y de la cual todos quieren escapar”.¹³ Para Hayek, al igual que para Adam Smith, el objetivo de promover una economía competitiva de mercado con una propiedad privada y diversificada era favorecer los intereses de los trabajadores y los consumidores, no de los hombres de negocios como clase. El choque de ideas económicas es distinto al choque de los grupos de intereses políticos. El tema central de los capítulos siguientes no consiste en un debate sobre qué intereses debe servir la economía, sino cómo se puede maximizar la prosperidad del participante medio en la economía.

¹² David N. Balaam y Michael Veseth, *Introduction to International Political Economy*, segunda edición, Nueva York, Prentice Hall, 2001, pág. 69.

¹³ F. A. Hayek, “Introduction”, en Hayek, coord., *Capitalism and the Historians*, Chicago, University of Chicago Press, 1954 [hay trad. cast.: *El capitalismo y los historiadores*, Madrid, Unión Editorial, segunda edición, 1997]. Hayek, *Law, Legislation, and Liberty*, vol. 1, Chicago, University of Chicago Press, 1973, pág. 62 [hay trad. cast.: *Derecho, legislación y libertad: una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, Madrid, Unión Editorial, primera edición, 2006].